

«Pero dime, Inés: ¿no aprecias
la morcilla ilustre y rica?
¿Cómo la traidora pica!
¿Tal debe tener especias!»

No obstante, conviene recordar que la sangre y los despojos y toda la anatomía del cerdo son lo más semejante a nuestra estructura interna..., lo cual debe humillarnos profunda, irremisiblemente. ¡Los sesos del marrano, válganos Dios, tan parecidos a los sesos del sublime Newton ó del divino Wágner! Así es que, por tan comprobada afinidad, dijérase que debía repugnarnos todo manjar que del cerdo procediese, y debíamos dar la razón a musulmanes y judíos, cuando declaran inmundo ese alimento. Lejos de imitarles, el cerdo en general gusta muchísimo, y se chupa todo el mundo los dedos tras él, indicación clara de que, si no nos hubiesen habituado a mirar con repulsión la vianda humana, también (¡qué grima!) nos relameríamos ante un alemán en salsa ó un inglés a la parrilla, manjares fantásticos de los cuales nos hablan algunos zarzueleros en *cuplés*, tangos y guarachas de estilo asalvajado.

La sangre, la sangre humeante y caliente, según sale de las venas recién abiertas, es un medicamento ordenado por muchos doctores sapientísimos. En París, hay diariamente procesión de enfermos de consunción y languidez a recoger en el Matadero de la Villa el torrente que se escapa de las venas de las reses sacrificadas para el consumo. A grandes tragos, por vasos de á cuartillo, beben rápida y ávidamente el rojo líquido, con el ansia del que absorbe vida...

Esta procesión de bebedores de sangre despierta recuerdos de dramas de la historia. No en balde se llamó «bebedores de sangre» a los revolucionarios terroristas. Hay que buscar la razón de ese apodo en escenas y rasgos donde el antiguo canibalismo resurgió, no en sentido figurado, sino en el concreto y positivo, como suele resurgir la vieja barbarie de la especie al choque de violentas pasiones y de excitaciones más fuertes que los hábitos de humanidad. El caso de la señorita de Sombreuil, del cual tanto se ha hablado y que últimamente se han empeñado algunos escritores, guiados por un objeto de vindicación política, en relegar á la categoría de las leyendas, es algo natural dentro de la situación. Como nadie ignora, el padre de esta desventurada señorita era gobernador de los Inválidos y fué aprisionado en la cárcel de la Abadía, donde se encontraba cuando ocurrieron los degüellos de septiembre; carnicerías tan espantosas, que dieron origen al verbo *septembrizar*, sinónimo de lo que aquí más vulgarmente llamamos *escabechar*. La hija de Sombreuil, heroicamente, corrió á disputar á aquellas turbas ebrias de matanza la vida de su padre, y claro es que primero agotaría las súplicas y las lágrimas, y hasta después apelaría á intentar una lucha insensata, que sus débiles fuerzas no podrían ni un instante sostener. Sin embargo, la historia nos dice que veinticinco horas seguidas peleó la señorita de Sombreuil con los asesinos, cubriendo con su cuerpo á su padre. Cuando ya parlamentaron, cuando se trató de imponer condiciones, la vida del padre fué ofrecida en precio de un vaso de sangre humana fresca, que la hija había de beber sin vacilar; y así lo hizo. Por esta vez, lo rescató con la energía del acto tremendo; pero no mucho después, el pobre viejo fué enviado definitivamente á la guillotina...

No comprendo por qué este hecho—al cual se refieren algunos hermosos versos de Víctor Hugo—ha sido negado con tal interés. Está completamente dentro del cuadro de las escenas del Terror. Parece más difícil inventarlo, que el que haya sucedido. Cuando se producen ciertos estados de locura colectiva, resurge el hombre de las cavernas y el hombre de las selvas prehistóricas; el instinto de ferocidad nativa se sobrepone á las nociones de cultura y de humanidad, que nadie ha dejado de recibir, pero que las turbas olvidan completamente en momentos trágicos. Más atroces que el vaso de sangre de la señorita de Sombreuil, fueron los antojos de los que decapitaron á la princesa de Lamballe; y están muy probados. El error de los que sostienen estas vindicaciones históricas, consiste en creer que se achaca á los principios y á las ideas lo que es meramente resultado casi fatal en determinadas circunstancias. Las ideas y los principios son malos ó buenos no porque en un día dado las turbas hayan cometido ó dejado de cometer delitos brutales y estúpidos, sino porque en un largo período de normalidad hayan producido bienes ó males á un Estado constituido y en normal funcionamiento. La Revolución francesa no sería condenable por el vaso de sangre consabido, si hubiese logrado dar á Francia la prosperidad, grandeza y tranquilidad que necesitan las naciones. Si ha fracasado el régimen revolucionario, no es por culpa de

los sicarios de septiembre. Son antipáticos, pero se les hubiese olvidado pronto.

Dejando este tema repulsivo, volvamos al suave régimen alimenticio que los doctores imponen ahora á media humanidad. ¿Dónde se encontrará, repito, leche en cantidad suficiente para tantos parvulitos lactantes? El mundo entero tendrá que cubrirse de praderías, convertirse en una Holanda ó en una Arcadia pastoril. Hay en esto un caso de regresión, algo que nos retrotrae á la soñada edad de oro, cantada por los poetas y ensalzada por Don Quijote. Dado que nada mejor puede hacerse para la salud y hasta para la moralidad—porque el problema lácteo tiene dos aspectos, y al evitar los estragos del vino y del alcohol, sana también el espíritu—que ponerse de leche hasta aquí, debiéramos los humanos volver á aquellos venturosos días en que las zagalas, conduciendo á sus simples corderillos, andaban en trenza y en cabello triscando por oteros y enramadas; y nuestros quehaceres y placeres serían los descritos por Salas en su *Observatorio rústico*: ordeñar

«La leche en una herrada,
aunque tosca, muy limpia y aseada,
escogiendo con maña y experiencia
las ovejas más gordas y más sanas,
y hacer para cenar las migas canas.»

Porque la leche se presta á la confección de mil manjares inocentes y puros como ella; las migas, la cuajada y los varios requesones, el suero, los quesos, las mantecas y natas; y no cabe duda que, si el vino y la carne negra parece que deben criar un corazón airado y una sangre irritable, la leche está indicada para adobar el ánimo y bañar de patriarcal dulzura las costumbres. Cuando leemos el relato de algún bárbaro crimen, es frecuente leer también que los asesinos, cometida la fechoría, descorcharon botellas y empinaron el codo. ¿Verdad que nos extrañaría infinito que la bebida de esos vándalos fuese leche? No concebimos á un hombre que acaba de hacer daño á un semejante, llevando á sus labios un cuenco de leche tibia y espumosa. La leche purifica las entrañas, infunde ideas de paz y de benignidad; por algo se ha dicho de ciertos escritores que bañaba su prosa «la leche de la bondad humana.» Hay una idea de terapéutica moral en el régimen lácteo.

La leche tiene hoy acérrimos partidarios, y son la inmensa mayoría; pero tampoco le faltan detractores. Nadie es dóblon de á ocho; del campo mismo de la ciencia médica, desde el cual la leche ha sido preconizada, proceden voces que la desacreditan.

No se crea que la leche es un curulo todo—repiten algunos médicos.—El uso prolongado de la leche como alimento exclusivo, produce el linfatismo; los niños de pecho son siempre linfáticos. La leche, está demostrado, se indigesta lo mismo que cualquier otro alimento, y ¡librenos Dios de una indigestión de leche! Además—y en esto insisten con particular empeño—la leche es el vehículo frecuente del contagio tuberculoso...

Todas estas incertidumbres nos amargan la vida. Quisiéramos, de una vez, cerciorarnos de lo que es malo y de lo que es bueno. Antes nos decían que nada como la carne, y muy cruda y sanguinolenta; ahora, que volvamos á la primera época de la vida, y chupemos nuestro biberón cada tres horas... El buey, la ternera, fueron antaño nuestro sustento; la vaca es ahora nuestra providencia... ¿Por qué cayó de su pedestal el *beastsieck* «poco hecho»? ¿Por qué los jugos y extractos de vianda ya apenas se recetan, y se les acusa de producir todo género de trastornos?

No sabe uno á qué carta quedarse: la incertidumbre y el escepticismo nos asaltan. ¿Verdad que se dijo, y aún se dice, que las moscas se entretenían en llevar y traer, ni más ni menos que si fuesen comedores, los gérmenes de un sinnúmero de infecciones? Pues hete aquí que de improviso nos dicen que, al contrario, los apreciables dípteros se dedican á comerse los microbios más dañinos y nos prestan así servicios incalculables. Yo, no obstante, prefiero privarme de tales beneficios y no escuchar el zumbido de la *musca doméstica* de Lineo, ni encontrar sus asquerosos despojos en la sopa. Los microbios, como ni se ven ni se oyen, molestan infinitamente menos; hasta nos lanzaríamos á decir que no molestan nada. «Ojos que no ven, corazón que no quiebra...» ¡Se vive con los microbios tan ricamente!

La verdad es que la ciencia, metida á rehabilitar, no se queda corta. Nos demuestra que el sapo es útilísimo, la araña modelo de laboriosidad, la víbora una pobrecilla criatura sin veneno, y la mosca un excelente *detective* que vela por nuestra seguridad y salud... Nuestro siglo deberá llevar el nombre de siglo de las rehabilitaciones. Nadie es malo, lo cual equivale á sentar que nadie es bueno...

LA CONDESA DE PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Cada época tiene sus manías, y la nuestra, que en tantos conceptos se puede calificar de infantil, se ha dedicado ahora á regresar al primer período de la niñez; á la lactancia. Todo el mundo está—ó estará muy pronto, en seguida que consulte al doctor—á régimen lácteo.

Que padezcáis neurastenia y empecéis á notar esos síntomas de debilidad, muchas veces precursores de algo más grave; que tengáis propensión al artrismo y á la plétora y necesitéis aligerar y desmaterializar vuestro organismo; que seáis flaco; que seáis gordo; que seáis joven; que seáis viejo; que vuestra sangre esté viciada; que vuestros huesos estén duros ó hechos una cañaheja de puro vacíos de medula y substancia; que os duela la cabeza ó que os pique la piel; que el estómago funcione mal ó el hígado se insubordine; que se solivante el corazón ó el pulmón se perfore..., la leche y siempre la leche será la base de vuestra restauración física... Que os agrade ó no ese licor procedente de las ubres de «la humilde esposa del valiente toro,» como dijo algún cultilatiniparlante de antaño, habréis de vivir de «lácteos candores,» según escribía otro de la misma secta.

Lo que yo no comprendo es dónde va á encontrar la humanidad tanta leche como, á este paso, necesita y necesitará para lo venidero, cada día más, puesto que la moda se afianza y cunde, y pronto llegará hasta á los países recónditos, africanos ó australianos, donde aún persiste, sofocada y oculta por la civilización, pero vivaz como todo lo tradicional, aquella dulce costumbre prehistórica de la antropofagia.

La cosa se presta á múltiples reflexiones, hasta del orden histórico filosófico. La humanidad ha empezado por beber sangre en cráneos mondos, y acaba por beber leche en vasos de fino cristal. No creáis, sin embargo, que eso de beber sangre fuese cosa ni tan dañosa ni tan horrible como parece á primera vista. Claro es que dicho así, estremece nuestras fibras y evoca recuerdos de horribles tragedias; Macbeth, Atreo, los criminales que el arte ha inmortalizado, desfilan ante nuestra vista envueltos en el rojo sudario de sus atrocidades. La sangre tiene el don de aterrarnos sólo con su nombre... Hay en ello mucho de sugestión. No quisiera hacer una paradoja cruenta, pero debo decir que el hombre es esencialmente un animal... que á cualquier cosa se acostumbra, y á la sangre y carne de sus semejantes fácilmente se afición. A pocas sugestiónes es capaz de lo que ni aun en hipótesis concebiría. Y por otra parte, en disfrazándole el aspecto de las cosas, el hombre se las traga como un bendito. Dadle sangre, en forma de morcilla ó de fritanga, y se chupará los dedos. Me diréis, y con sobrada razón, que lo que el hombre come regaladamente es sangre de cerdo, sazónada con varios condimentos gustosos.